

EL SER DEL EJRCITADOR

Para tratar este tema, es importante saber qué dicen nuestros estatutos.

En el punto IV; “Transmisión y formación”, encontramos, entre otras frases, la siguiente: *“Quienes viven Soledad Mariana la transmiten a otros, primordialmente, mediante sus propias vidas en María”*.

De esto deducimos que, si queremos transmitir a otros la espiritualidad mariana y contemplativa, el primer paso es encarnarla y vivirla.

Como María es nuestro modelo acabado de contemplación cristiana, ser ejercitador/a es, fundamentalmente, **“ser signos vivos y permanentes de María contemplativa”**.

Como sustento de esto, recordemos lo que dicen los Evangelios de Jesús: *“...la gente quedaba asombrada de sus doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”* (Mt.7, 28-29).

¿De donde le venía esta autoridad a Jesús? Evidentemente porque enseñaba lo que vivía. Contrario a los fariseos que *“dicen y no hacen, atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas”*. (Mt. 23, 3-4)

Nosotros podemos saber las ejercitaciones de memoria, podemos tener una enorme facilidad de palabras, podemos dar una clase magistral sobre la espiritualidad mariana y contemplativa pero, si no la vivimos, transmitiremos solo palabras huecas.

De lo contrario, podemos no hablar bien, podemos ser torpes en explicar la doctrina objetiva pero, si esas pobres palabras nuestras están cargadas de una fuerte vivencia, lo que transmitimos es **Vida**.

Ahora bien, es verdad que seremos totalmente marianos y contemplativos recién en el Cielo, pero es fundamental ir creciendo en ello mientras estamos peregrinando en la tierra.

Y para esto, es importante **seguir siendo ejercitantes**.

Hacer y rehacer las ejercitaciones. Los que hemos hecho una y otra vez las ejercitaciones sabemos lo ricas que son en los distintos momentos de nuestra existencia. No se agotan. Siempre tienen algo nuevo para enseñarnos; y es porque apuntan a la vida y la vida no se agota nunca..., es eterna.

Creemos que con sólo esto está todo dicho; todo lo que podamos decir de ahora en más queda implicado en esta frase: "**ser testimonios vivos y permanentes de María Contemplativa**".

Pero queremos subrayar dos cosas:

En la tradición cristiana es imposible encontrar un buen guía espiritual que no haya sido, primero, un hombre de oración, fiel a las mociones del Espíritu Santo en su propia vida.

Además, cuanto más fiel sea nuestra relación con Dios, más disponibilidad tendremos para escuchar a las personas.

Cuanto mayor sea el discernimiento de la obra de Dios en nosotros, mayor discernimiento tendremos de la obra de Dios en los otros. Cuanto más dialoguemos con Dios, más nos abriremos a nuestros hermanos y hermanas.

Por lo tanto, **Un/a ejercitador/a, antes que ejercitador/a, debería ser persona de oración.**

Esto, ¿no está implicando en nuestro ser testimonio de María Contemplativa? Si nos estamos ejercitando en nuestra espiritualidad y no hemos incorporado una vida de oración, ¿qué estaremos haciendo?

Lo segundo que queremos subrayar es nuestra **actitud hacia el ejercitante:**

En Mt. 23, 8-9 Jesús nos dice: *“ustedes, en cambio, no se dejen llamar maestros, porque uno sólo es Maestro. Ustedes son todos hermanos. Ni llamen a nadie padre en la tierra, porque uno solo es su Padre: el del Cielo. Ni tampoco se dejen llamar directores, porque uno solo es su Director: el Cristo. Que el mayor sea el servidor de todos, porque el que se ensalce será humillado y el que se humille será ensalzado”*.

Por lo tanto, jamás nos consideremos más que nuestros ejercitantes. Pablo, en Fil. 2, 3, nos dice que cada cual considere a los demás como superiores a sí mismo.

Ejercitemos, entonces, la virtud de la **humildad**. Y, recordemos, como nos dice Teresa, que “humildad es andar en verdad”. Por lo tanto, tomemos conciencia y **sepamos** que todo lo que tenemos es mérito de Dios. Si nos echamos el mérito encima, ¡se lo estamos quitando a Dios!

Por otro lado, tampoco echarnos tierra encima diciendo: “yo no sirvo; no soy capaz, no soy bueno para...” y las famosas comparaciones que oscurecen todo lo nuestro: “fulano es buenísimo; él o ella saben y pueden... mírame a mí, me falta tanto... ¡cuánto me equivoco! ¡Metí la pata... no puedo ejercitar más...!” etc., etc.... ...tanta tierra nos echamos, que nuestros talentos, quizás el único que Dios nos dio, queda enterrado. ¿Y cuando el Señor venga y nos lo pida? (Cf. Mt. 25, 14-30; Lc. 19, 11-26).

Caminemos, pues, sin temor. El Señor nos hizo Iglesia para que caminemos juntos. Nadie puede caminar solo. ¿Que vamos a meter la pata? ¡Ni lo dudemos! Y ojalá solo alguna que otra vez. ¿Qué siempre va a haber alguien que sepa más que nosotros? ¿Qué lo haga mucho mejor? ¡Ni lo dudemos! Pero nada de esto va a impedir la obra del Espíritu Santo a través nuestro. El, por su gran bondad, quiere actuar en nuestra debilidad. Démosle el lugar, aunque nos equivoquemos. El sólo necesita de nuestro querer, nuestra cooperación, nuestra buena voluntad.

Antes de terminar, algo más para tener en cuenta: el ser ejercitador/a es una **vocación**, un **llamado**. Pero un llamado **sublime**, ya que es una invitación a compartir la Paternidad y Maternidad de Dios, o lo que es lo mismo: la Paternidad de Dios y la Maternidad de María, para dar vida a nuestros hijos e hijas espirituales.

Y todo llamado espera una respuesta libre y responsable. Si volvemos al punto IV de los estatutos, nos encontramos con lo siguiente: “*La formación en S. M. se efectúa por medio de ejercitaciones dadas por personas competentes*”, y esta palabra competente se relaciona con la formación.

Ya tocaremos este tema en el “hacer del ejercitador” pero tengamos en cuenta que a los buenos profesionales no les basta lo aprendido durante la carrera; siempre se están actualizando y abriendo a nuevos conocimientos.

¡Cuánto más nosotros, que queremos acompañar la aventura total del hombre en su respuesta de fe, esperanza y caridad!

Para terminar, un último pensamiento sobre esta sublime vocación: **estar llamado a ser ejercitador/a no es otra cosa que estar llamado a un camino de santidad; porque es un camino de entrega a Dios por los hijos e hijas espirituales y una entrega a ellos por y para Dios.**

Thelma C. De Lastra